

cia de opiniones, opuestas al dogma y á la moral, y casi siempre contrarias á nuestra religion.

Nicolao Diácono, en tiempo de los Apóstoles, dió nombre á la heregia de los nicolaitas, por ser reprendido de cierto hecho escandaloso. Nestorio se empeñó en el siglo quinto, de la era cistiana, en sostener que *en Cristo habia dos personas, y que la Sma. Virgen no era Madre de Dios*; el ser persona de alta dignidad, hizo que su error fuese sostenido por algunos prosélitos, más por sistema que por utilidad. Ya antes Arrio se habia empeñado, para adquirir funesta celebridad, en hacer creer que *Cristo era hombre y no mas*: por cuyo motivo distaba mucho de ser igual al Padre Eterno; Dios castigó tan criminal temeridad, con muerte terrible y deshonrosa á aquel que habia ocasionado serios disgustos á la Iglesia. Otros hubo que, no obstante saber que los gentiles endiosaban cualquier fruslería, erigiendo estatuas en todas partes, concibieron la mania de infiltrar en el corazon del hombre, ódio y aborrecimiento á toda imágen sagrada: en esta secta terrible de los Iconoclastas, se hizo tristemente célebre Calvino, sacerdote de malos antecedentes. Pelagio, monje inglés, cayó en el error, de que no habia necesidad de una gracia sobrenatural y divina para salvarse, y que no existia el pecado original; herética proposicion que conduce á funestas aberraciones contra el dogma.

A este tenor, se ha visto la Iglesia siempre obligada á reprimir los más descarados insultos á nuestra religion inmaculada, por una caterva de sectarios que de siglo en siglo se han ido sucediendo, atrin-